

#### CAPÍTULO XIV.

#### CONCLUSIÓN.

**N**O fué la causa de Gómez de las que sufren los horrores de una tramitología interminable: había hasta ocho presos, pero en cuanto al reo principal, todos sabían ya el fin que le esperaba.

Aun tuvo Gómez que pasar de Herodes á Pilatos y de Pilatos á Herodes, en virtud de ciertas dificultades de competencia que

logró suscitar un defensor de Gómez: hasta que después de algunos días, el reo fué conducido definitivamente á Querétaro.

Aprovechando la escolta emprendieron la marcha para México, don Santiago y Gabriel.

Caminaba la comitiva llevando á Gómez entre filas, y detras de todos los presos venía don Santiago con su hijo.

En la primera parada y en medio de la afluencia de curiosos del pueblo, pasó por delante de don Santiago un hombre.

—Alguna cosita de mercería niños, dijo un par de tijeras muy finas, un cortaplumas, lapiceros, aretes, arracadas, hilos de ámbar legítimos, un par de mancuernas...

Y después, dirigiéndose á Gabriel le dijo: vea usted niño: anteojitos con miniaturas.

—¿Cómo son? dijo Gabriel.

Y Angulo (que no era otro el varillero) le dió un cortaplumas diciéndole:

—Vea usted por este agujerito, niño.

Y Gabriel vió.

Se puso encendido.

—A cuatro reales, le dijo con misterio á Gabriel, quien al quitarse del ojo la fotografía microscópica, se encontró con la mirada de don Santiago.

Gabriel se puso aún mas encendido y ocultó el cortaplumas.

Don Santiago fijó una mirada de indignación en Angulo.

—¿En dónde he visto á este hombre? dijo.

La navaja había pasado á uno de los soldados de la escolta.

—Mire, vale; dijo uno.

—¡Qué diablos de extranjeros!

—¿Y cómo meten esas monas en el agujerito?

—¡Pos ande!

—A ver, don Angulo.

—¿A cuántas por media docena, amigo?

—A ver, preste.

—¡Ah qué monitas! ¡pues si *diatiro!*

Los soldados habían formado un grupo que se ocupaba de *las monitas* con avidez.

—¿Qué sucede? gritó el oficial

—Es don Angulo que trae anteojitos, respondió el sargento.

—¿Angulo? dijo el oficial ¿en dónde está ese?

—Lo llaman, Don.

—¿Quién?

—El jefe.

Angulo se acercó al oficial.

—Alguna cosita de mercería, mi jefe; una barajita transparente, unas miniaturas de santos, un par de mancuernas.

—¡Entre á las filas! respondió el oficial.

—¡Adios, señor!

—¡A las filas!

—Pues si yo voy con mi ancheta....

—¡Con todo y ancheta!

—¿Pero yo en qué.... he faltado?

—¡A las filas! gritó el oficial.

Angulo se mezcló entre los presos.

La comitiva siguió su marcha.

.....  
Ya hemos dicho que Chona vivía en una casita cerca del convento de la Cruz.

Estaba una tarde sentada tras de una ven-

tanita formada con gruesos barrotes de madera, al través de los cuales era muy difícil distinguir las facciones de la persona que se asomaba.

El mismo Carlos, hubiera podido ver á Chona frente á frente sin reconocerla.

La hermosa cabellera de Chona se había tornado lacia y gris, y las arrugas de su rostro, en formal divorcio con los afeites, sajan aquella fisonomía, en un tiempo tan interesante, al grado de hacerle perder toda la gracia de sus líneas.

La fresca jamona se había tornado en una vieja vulgar.

La vió mil veces toda la población de Querétaro, sin fijarse en ella: era una de tantas viejas rezadoras, perennes concurrentes á todas las misas y á todas las ceremonias de la iglesia.

Chona no hacía más que rezar, y le parecían pocos los días que tenía de vida, para emplearlos en sus oraciones.

Una tarde, según hemos dicho, estaba en la ventana: era tal vez la primera en que se

había permitido la emoción de contemplar la pared de enfrente.

Oyó un rumor: después distinguió al través de los barrotes de su ventana, un grupo de gente armada, después vió desfilar á muy corta distancia de ella á muchos de los actores que habían tenido parte en el drama de su vida.

—Dicen que ahí va José María Gómez, le dijo su criada.

—¿Cuál es?

—El del jorongo blanco,

Vino á la imaginación de Chona, el momento en que se había dejado conducir por Salvador; en aquel momento, el mas terrible de su vida, había oído entre los mil ruidos de la hacienda estas palabras.

—¡Aquí está José María Gómez!

Todas las imágenes de su felicidad perdida vinieron como á despertarla en su sueño, y de nuevo gruesas lágrimas volvieron á surcar sus mejillas.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

.....  
—No bien entró Gómez en su nuevo ca-

labozo sintió una terrible opresión, como si allí hubiera avivado con razón el presentimiento de su muerte.

Tampoco Gómez pudo dormir.

Fué sin duda aquella noche la elejida por algún angel justiciero para sacudir la sien de los delincuentes y de los aflijidos.

Angulo no durmió tampoco á pesar de haber andado ocho leguas á pié.

Pero don Santiago y Gabriel sí dormían y estaban tranquilos; Gabriel soñaba con México, don Santiago soñaba con su hijo.

A eso de las diez de la mañana, sacaron á Gómez de su calabozo, para carearlo con Angulo.

Ninguno de los dos se conocían.

Angulo tuvo que hacer un esfuerzo supremo, para no dejar traslucir su alegría.

Tenía la conciencia de que si no se hubiera dormido cierto día en la fonda, hubiera encontrado á Gómez para avisarle como lo perseguían, y acaso entonces no lo hubieran atrapado.

Angulo creía que sabedor Gómez de esta

omisión trascendental, pretendería vengarse denunciándolo como su cómplice; de manera que al oír que Gómez aseguró no conocerlo, su alegría fué inmensa.

Después de este último trámite, le fué leída á Gómez su sentencia.

—Ya usted ve las injusticias, señor, le dijo, otros hacen cosas peores y por ahí andan muy frescos, y uno á la primera que le cojen, luego luego al palo, como un delincuente; pues diga usted señor ¿qué, no hay leyes? y de eso le sirven á uno sus servicios por don Benito: ocho meses de andarme *isponiendo* por la causa; y entonces, cuando uno les servía, ya la paguita, y ya el hacerse sordos; *perora* que ya no lo necesitan á uno, pues que lo fusilen. ¡Adios! pues que ni perro que fuera uno. Con que á ver qué hace por mí: dicen que es bueno pedir amparo; pues pídale que no le ha de pesar, porque José María Gómez es agradecido como los hombres.

El defensor de Gómez aunque con muy pocas esperanzas, puso en juego cuantos

medios le sugirió su saber y empleó todo su valimiento en salvar á Gómez.

Denegado el amparo y todos los recursos legales, sólo pudo prolongar la agonía de Gómez, y por último recurrió á pedir el indulto.

Entretanto varios sacerdotes se habían encargado de preparar á Gómez para el último trance.

El primero que lo visitó, fué pésimamente recibido, y tuvo que sufrir los denuestos del reo, quien había dado en preferir el aguardiente á todos los demás consuelos.

Difícil fué para los padres conseguir que no le permitiesen al reo bebidas espirituosas, pero al fin hubieron de lograr su intento y Gómez estuvo mas tratable.

—¿Quiere usted confesarse? le preguntó el padre.

—¡Adios! ¿y yo de qué me ando confesando?

—Está usted en momentos supremos.

—¡Esque supremos!

—Muy pronto va usted á dar cuenta á Dios.

—El juez es quien ha de dar cuenta de la tirria que me tiene ¿yo de qué? pos que no vé usted la injusticia, yo ni cojí el dinero ni nada; y sólo porque le acumulan á uno, luego, luego allá van, y que bandido por aquí, y que bandido por el otro lado. No, á mí no me fusilan; ¿pues que no más es fusilar? yo he servido al supremo gobierno de la nación, y he luchado contra el invasor extranjero, por vida de usted padrecito, mire, así de franceses que me llevé ¡pues no!

—Todo eso es cierto, pero bueno será que usted se disponga, para que no vaya á cogerle la muerte en una mala hora.

—¡Esque mala! ¡ah qué padrecito! pues usted si que no más viene á calentar para que *gierva*; ¿pues no sabe que pidieron el indulto?

—¿Y si lo niegan?

—¿Si lo niegan? qué lo han de negar, entonces...

Larga fué la conferencia del sacerdote con

Gómez; pero á pesar de todo, nada se pudo conseguir, y llegó por fin la noticia que se esperaba con ansia.

—¿Qué hay? preguntaban por todas partes.

—Denegado el indulto.

Estas palabras llegaron á los oídos de Gómez, y á su pesar lo hicieron estremecer de piés á cabeza: en seguida entraron á su calabozo varias personas caritativas á anunciarle que se dispusiera para morir.

—¿Quiere decir que siempre me fusilan?

—Se ha hecho cuanto se ha podido.

Gómez se quedó profundamente pensativo.

—¿Pero qué, no habrá modo, insistió.

—Han fijado la ejecución para mañana, eso es lo que más han podido conseguir las señoras.

—¿Qué señoras?

—Muchas señoras caritativas que se han interesado por usted.

—¿Y qué?

—Como la ejecución debía haber sido en

el acto, y usted no se ha confesado, han conseguido darle á usted tiempo para que se disponga.

—¿Ya pa qué? dijo Gómez, pues al fin me han de fusilar injustamente, ¡pues pa qué me dispongo! vale más ir uno así; por que luego dicen que los que se confiesan se vuelven coyones ¡usté verá!

A pesar de todo esto, el sacerdote no se apartaba del lado de Gómez, hasta que logró hacerse oír; Gómez empezaba á concentrarse.

—¿Y yo de qué me confieso?

—¡Cómo de qué! de sus pecados.

—Pues usté figúrese, nunca he oído misa.

—Ese es un pecado.

—No he cogido nada del dinero ese que dicen, y ya ven como nada les ha sucedido al don Santiago ni á... ni á su hijo, ¿con que ñe qué me confieso? A ver usté váyame preguntando, usté que sabe de pecados veniales.

No se podía persuadir Gómez de que positivamente se estaba acercando la hora de

su muerte, apesar de toda la elocuencia del sacerdote; pero una circunstancia vino á hacerlo cambiar completamente.

Entró el carcelero á la capilla, para preguntarle á Gómez varias cosas.

—¿En dónde quiere que lo entierren?

—¿A mí? preguntó Gómez.

—Es que si tiene algo que disponer, para que se haga, porque temprano....

—¿Pues qué siempre? preguntó cambiando sustancialmente de acento.

—Yo decía, continuó el carcelero.... porque como luego hacen algunos encargos de la ropa, y eso... no es más sinó porque... si tiene usted alguno á quien dejarle sus cosas y si deja usted algo para misas por su alma.... en fin, lo que usted mande ó si se le ofrece algo de comer.... ó alguna cosa.

Lo que no había podido conseguir el sacerdote, lo consiguió el carcelero sin pretenderlo.

Gómez se puso á temblar de piés á cabeza, fué aquél el primer momento en que se convenció de que iba á morir, y apoderán-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fondo 1425 MONTEBLET, MEXICO

dose de su alma el terror, perdió todos sus bríos y se arrodilló ante el sacerdote.

Desde este momento Gómez se transformó completamente, y se puso á merced de su confesor, considerándole como su único amigo en el mundo.

—Supuesto que es fuerza, decía, y que ya me llegó mi hora, padre, haga usted que Dios me perdone. ¿Me falta mucho? ¿qué horas son? Dicen que temprano me.... ¡Qué hemos de hacer, padre, usted me perdonará las malas razones que le he dicho! Dice usted que Dios perdona, pues con tal de que me perdone, pues qué he de hacer, eso será lo justo, pagaré ¿pues qué remedio?

El sacerdote, deseando aprovechar el tiempo perdido, no se separó de Gómez un momento.

A las cuatro de la mañana se oyó el toque de un clarín, y en seguida un rumor desusado.

—¿Y qué, oscuras todavía me van á fusilar?

—No, yo creo que será mas tarde.

Pasaron algunos segundos.

El sacerdote seguía exhortando á Gómez al arrepentimiento y á la resignación.

Por fin, se presentó el carcelero, y en seguida la escolta

Gómez se abrazó del padre, y hubiera querido morir allí, pero oyó una voz que dijo:

—Vamos.

Al desprenderse de los brazos del sacerdote, sintió que le vendaban los ojos.

—No, todavía no: quiero ver clarear por última, es tan feo estar sin ver, luego me vendarán.

Tomó el padre á Gómez por un brazo, y otro sacerdote que acababa de entrar se colocó al otro lado, y así salieron de la capilla.

Entregáronle á Gómez un Santo Cristo: á su contacto vino á su memoria el cura á quien había robado, y todas sus primeras rapiñas.

Volvióse hacia el sacerdote, á quien dijo varias palabras y siguió andando.



Poco á poco le iban faltando las fuerzas para andar.

—¿Nos falta mucho? preguntó.

—No; aquí no más; contestó un comedido, creyendo hacerle un bien al paciente.

Entretanto Gómez necesitó tomar aliento porque sintió ahogarse.

Empezaba á salir la luz. Gómez pensó que aquella mañana hacía un frío horrible, un frío que lo hacía temblar.

Estaba ya cerca del cuadro; cuando hubo entrado en él, vió á su frente una pared de adobe.

—¿Allí es? preguntó.

—Sí; le dijo el sacerdote.

—La venda.

Le vendaron los ojos.

Anduvo todavía algunos pasos.

—Aquí, le dijeron.

Gómez se hincó.

Sintió que le dejaban solo....

Por quedo que lo hicieron los soldados, notó Gómez que el pelotón había apuntado.

Sonó la descarga, cayó Gómez de cara y después se enarcó retorciéndose con el último dolor, y sonó después el tiro de gracia...

¡La justicia humana había hecho una de las suyas!

Otra justicia de mejor calidad que ésta, se estaba entreteniéndolo en atormentar á Salvador.

Salvador había intentado suicidarse, pero sus amigos habían logrado frustrar dos veces ese intento: duró algunas semanas entregado á horribles padecimientos, su enfermedad según todos los médicos, era incurable.

No obstante, Salvador ha vivido tres años en su cualidad de enfermo habitual, en un estado miserable. Se ha logrado ya que desee la muerte; pero no ha vuelto á intentar suicidarse.

Algunas tardes, envuelto en una capa y con un fieltro bajado hasta los ojos, lo colocan en la testera de un coche de un amigo suyo, y se le vé en el Paseo de Bucareli.

Carlos está establecido en Burdeos, y tie-

ne una hija de doce años, que es una criatura angelical.

Chona sigue rezando por mañana y tarde.

La hija de Castaños es una pollita de las mas coquetonas que se encuentran hoy por esas calles de Dios.

Don Santiago y Gabriel son muy felices.

Gabriel ha sustentado ya dos exámenes brillantes y promete grandes adelantos en su educación.

Castaños, Anita, Carolina el Pájaro y Angulo y demás conocidos nuestros, siguen lo mismo que cuando los conocimos, pues ya hemos dicho que «las gentes que son así» no tienen remedio.

FIN DE LA OBRA.

## ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—En el cual verá el lector el resultado de la historia de las tortolitas. . .	7
CAPÍTULO II.—Los comentarios . . . . .	25
CAPÍTULO III.—Lejos de la Hacienda. . . . .	47
CAPÍTULO IV.—Un cabildo extraordinario. . . . .	65
CAPÍTULO V.—La resurrección. . . . .	79
CAPÍTULO VI.—El nuevo paraíso. . . . .	93
CAPÍTULO VII.—La mosca impertinente. . . . .	109
CAPÍTULO VIII.—Se acerca el fin del plagio de Gabriel. . . . .	121
CAPÍTULO IX.—Se disuelve la reunión en la Hacienda Grande. . . . .	143
CAPÍTULO X.—La justicia. . . . .	155
CAPÍTULO XI.—Saludo en el ocaso. . . . .	181
CAPÍTULO XII.—De lo que pasó á los apreciables paseantes á su regreso á México. . . . .	197
CAPÍTULO XIII.—El canto de las tórtolas. . . . .	211
CAPÍTULO XIV.—Conclusión. . . . .	227

INDICE DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
José María Gómez, al cromo, (portada)	
Anita. . . . .	13
Gabriel. . . . .	171

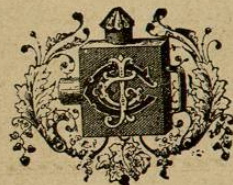
LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

LAS POSADAS

POR

FACUNDO



SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

UNIVERSIDAD DEL NEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
SANTANDER, N.M.